



www.loqueleo.com/ec

Horacio Quiroga

El almohadón de plumas y otros cuentos

© Horacio Quiroga
© De esta edición:
2020, Santillana S. A.
De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín
Teléfono: 335 0347
Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central
Teléfono: 461 1460
Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-791-7

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2013
Primera edición en Loqueleo Ecuador: Junio 2017
Décima impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Prólogo: Pablo Ramos
Estudio: María Fernanda Maquieira
Realización gráfica: Alejandra Mosconi
Actividades: Yanette Lantigua

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Prólogo: Pablo Ramos
Estudio: María Fernanda Maquieira

loqueleo

Muestra
promocional

[Índice]

Prohibida
su venta

© Santillana

Prólogo..... 9

Para noche de insomnio 15

El triple robo de Bellamore 21

El almohadón de plumas 27

La insolación 33

La gallina degollada 43

A la deriva 55

El alambre de púa 61

El yaciyateré 77

En la noche 85

El hombre muerto 99

Tacuara-Mansión 105

La cámara oscura 117

El desierto 127

La señorita leona 151

La bella y la bestia 159

El hijo 173

Las moscas. Réplica de "El hombre muerto" 181

Estudio de *El almohadón de plumas y otros cuentos*..... 187

Cuaderno de análisis 201

Por Pablo Ramos

[Prólogo]

Mujeres
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Dice el escritor Abelardo Castillo que los cuentos de Horacio Quiroga pueden hablar de cualquier cosa: un perro, una locomotora, un bote, la selva, Montevideo, Buenos Aires; pero que su personaje real es siempre la muerte. No lo expresa textualmente así, pero eso es lo que dice. Y creo que tiene razón.

Se me presentan, entonces, algunas cuestiones importantes frente a la tentativa de escribir unas palabras preliminares a un libro que, en rigor, no necesitaría ninguna presentación.

¿Cómo hablar del autor de estos cuentos sin que recaigan mis palabras en una zona de espanto y oscuridad? ¿Por qué un escritor elige un tema y lo desarrolla durante toda su obra obsesivamente? Y ya que la violencia y la muerte, en el cine, en la televisión, en la realidad, son por momentos algo más habitual de lo que incluso desearíamos, ¿puede ser la muerte un personaje literario interesante? ¿No vimos demasiadas películas sobre animales, selva, puñaladas? ¿Puede ser la literatura más poderosa que el cine? Y, en todo caso, ¿qué interés puede tener el lector joven de internarse en el universo de estos

cuentos que a primera vista deberían ser algo antiguo, viejo, o pasado de moda?

Con respecto a la primera cuestión lo mejor va a ser la brevedad. Decir que Horacio Quiroga fue un hombre cuya vida estuvo signada por la muerte y la desgracia desde sus comienzos. Nació en Salto, Uruguay, en 1878. Tenía tres meses de vida cuando, al bajar de un bote rumbo a una chacra que la familia había comprado en San Antonio Chico, a su padre se le dispara accidentalmente la escopeta y se mata delante de él y de su madre, Pastora. Más tarde, ella volvería a casarse pero su padraastro se suicidaría antes de que él cumpliera los cinco años, y una cadena de muertes y suicidios lo perseguiría, dejando en el camino la vida de amigos, de su esposa y, finalmente, la suya, en Buenos Aires, en 1937.

Una de esas muertes, la de Federico Ferrando, lo marcaría para siempre: el propio Quiroga, limpiando un arma, disparó en forma accidental y lo mató en el acto.

Entonces: ¿cómo no iba a ser también la muerte (y su tragedia) la protagonista principal de los relatos de Quiroga?

Con respecto a las demás preguntas, a lo que puede encontrar el lector en estos cuentos, esto es algo un poco más profundo, algo por momentos ilimitado.

Quiroga es el cuentista por excelencia, como pudo haberlo sido Poe. De hecho hay grandes similitudes: desde el aspecto formal y perfeccionista del cuento, su concepción y su desarrollo, hasta su trabajo como teórico y ensayista. Muy pocos escritores en la historia de la literatura mundial dejaron, además de su obra, un trabajo tan generoso como "Los trucos del perfecto cuentista" donde Quiroga le brinda

al escritor moderno los principales conceptos desarrollados para afinar y pulir su arte hasta la perfección.

Es que los cuentos pueden ser perfectos y, en este libro, el lector va a encontrarlos; verdaderas obras de arte que le harán sentir el horror y la crueldad de la vida y la naturaleza frente a la fragilidad del hombre. Le harán sentir lo fatal de un error en un mundo (la selva, el bosque, el río, etcétera) que no admite que se cometan errores. Una mordida de serpiente, un tropezón con el machete en mala posición, todo puede costarnos la vida, porque nosotros también estamos inmersos en la historia, porque esa selva es fácilmente trasladable a una ciudad, a un pueblo, a la montaña. Vivir significa *riesgo de morir*, y morir no es solamente el terror de una puñalada, el dolor físico de un hachazo, como nos muestra hoy en día el cine de terror. O, al menos, no es sólo eso. Morir es perder todo lo que uno tiene, y todo lo que uno puede llegar a tener. Morir es desaparecer para siempre y, en un lugar donde la selva se lo devora todo, uno podría decir que morir es desaparecer, también, desde siempre.

Gran parte del valor de un texto literario se puede encontrar en el origen del mismo, y el origen de una obra de calidad está mucho más atrás en el tiempo que la propia escritura. En las cavernas oscuras del alma, en los recuerdos que atormentan, en los sueños que angustian la existencia, en la noches de fiebre y de culpa, en el más profundo dolor frente al desparpajo que produce la crueldad y la ferocidad de la vida que le pasa por encima al hombre, que lo aplasta, que no le da casi ninguna posibilidad; ahí está el origen de los cuentos que presentamos hoy acá.

Y en ellos está también presente esa búsqueda: la de la voluntad del hombre por sobreponerse a la muerte, la del

amor. El deseo de lo absoluto, de lo perdurable, encontrarás, lector, en estos cuentos. En sus palabras y en lo no dicho, en el maravilloso estilo con que está dicho y no dicho. Siempre y cuando seas el lector que merezca este libro. Porque éste no es un libro para chicos, es un libro para gigantes, para exploradores y aventureros de la selva más salvaje: el alma milenaria del ser humano.



Para la presente edición hemos organizado los textos en forma cronológica, según su primera publicación en diarios o revistas, tales como *Caras y Caretas*, *Fray Mocho*, *Atlántida*, *Babel*, *El Hogar*, *La Nación*, aunque luego hayan aparecido en libros.

Hemos consultado las siguientes ediciones: *Los perseguidos y otros cuentos*, Biblioteca Rodó, Tomo VII, Montevideo, 1941; *El crimen del otro*, Claudio García editor, Montevideo, 1942; *Diario de viaje a París*, Número, Montevideo, 1950; *Cuentos de amor de locura y de muerte*, Losada, Buenos Aires, 1954; *Los desterrados*, Losada, Buenos Aires, 1956; *Cartas inéditas*, Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, Montevideo, 1959; *Más allá*, CEAL, Buenos Aires, 1980; *Cuentos*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1981; *Para noche de insomnio*, Libros del Quirquincho, Buenos Aires, 1991.

Para noche de insomnio

promocional

Ningún hombre, lo repito, ha narrado con más magia las excepciones de la vida humana y de la naturaleza, los ardores de la curiosidad de la convalecencia, los fines de estación cargados de esplendores enervantes, los tiempos cálidos, húmedos y brumosos, en que el viento del sud debilita y distiende los nervios como las cuerdas de un instrumento, en que los ojos se llenan de lágrimas que no vienen del corazón; la alucinación, dejando al principio bien pronto conocida y razonadora como un libro; el absurdo instalándose en la inteligencia y gobernándola con una espantable lógica; la histeria usurpando el sitio de la voluntad, la contradicción establecida entre los nervios y el espíritu, y el hombre desacordado hasta el punto de expresar el dolor por la risa.

BAUDELAIRE (*Vida y obras de Edgar Poe*)

A todos nos había sorprendido la fatal noticia; y quedamos aterrados cuando un criado nos trajo –volando– detalles de su muerte. Aunque hacía mucho tiempo que notábamos en nuestro amigo señales de desequilibrio, no pensamos que nunca pudiera llegar a ese extremo. Había llevado a cabo el suicidio más espantoso sin dejarnos un recuerdo para sus amigos. Y, cuando lo tuvimos en nuestra presencia, volvimos el rostro, presos de una compasión horrorizada.

Aquella tarde húmeda y nublada hacía que nuestra impresión fuera más fuerte. El cielo estaba lívido, y una neblina fosca cruzaba el horizonte.

Condujimos el cadáver en un carruaje, apelotonados por un horror creciente. La noche venía encima; y por la portezuela mal cerrada caía un río de sangre que marcaba en rojo nuestra marcha.

Iba tendido sobre nuestras piernas, y las últimas luces de aquel día amarillento daban de pleno en su rostro violado con manchas lívidas. Su cabeza se sacudía de un lado para otro. A cada golpe en el adoquinado, sus párpados se abrían y nos miraba con sus ojos vidriosos, duros y empañados.

Nuestras ropas estaban empapadas en sangre; y por las manos de los que le sostenían el cuello, se deslizaba una baba viscosa y fría que a cada sacudida brotaba de sus labios.

No sé debido a qué causa, pero creo que nunca en mi vida he sentido igual impresión. Al solo contacto de sus miembros rígidos, sentía un escalofrío en todo el cuerpo. Extrañas ideas de superstición llenaban mi cabeza. Mis ojos adquirían una fijeza hipnótica mirándolo y, en el horror de toda mi imaginación, me parecía verle abrir la boca en una mueca espantosa, clavarme la mirada y abalanzarse sobre mí, llenándome de sangre fría y coagulada.

Mis cabellos se erizaban, y no pude menos de dar un grito de angustia, convulsivo y delirante, y echarme para atrás.

En aquel momento el muerto se escapaba de nuestras rodillas y caía al fondo del carruaje cuando era completamente de noche, en la oscuridad, nos apretamos las manos, temblando de arriba abajo, sin atrevernos a mirarnos.

Todas las viejas ideas de niño, creencias absurdas, se encarnaron en nosotros. Levantamos las piernas a los asientos, inconscientemente, llenos de horror, mientras en el fondo del carruaje el muerto se sacudía de un lado a otro.

Poco a poco nuestras piernas comenzaron a enfriarse. Era un hielo que subía desde el fondo, que avanzaba por el cuerpo, como si la muerte fuese contagiándose en nosotros. No nos atrevíamos a movernos. De cuando en cuando nos inclinábamos hacia el fondo, y nos quedábamos mirando por largo rato en la oscuridad, con los ojos espantosamente abiertos, creyendo ver al muerto que se enderezaba con una mueca de delirio, riendo, mirándonos, poniendo la muerte en cada uno, riéndose, acercaba su cara a las nuestras, en la noche veíamos brillar sus ojos, y se reía, y quedábamos helados, muertos, muertos, en aquel carruaje que nos conducía por las calles mojadas...

Nos encontramos de nuevo en la sala, todos reunidos, sentados en hilera. Habían colocado el cajón en medio de la sala y no habían cambiado la ropa del muerto por estar ya muy rígidos sus miembros. Tenía la cabeza ligeramente inclinada con la boca y nariz tapadas con algodón.

Al verlo de nuevo, un temblor nos sacudió todo el cuerpo y nos miramos a hurtadillas. La sala estaba llena de gente que cruzaba a cada momento, y esto nos distraía algo. De cuando en cuando, solamente, observábamos al muerto, hinchado y verduoso, que estaba tendido en el cajón.

Al cabo de media hora, sentí que me tocaban y me di vuelta. Mis amigos estaban lívidos. Desde el lugar en que nos encontrábamos, el muerto nos miraba. Sus ojos parecían agrandados, opacos, terriblemente fijos. La fatalidad nos llevaba bajo sus miradas, sin darnos cuenta, como unidos a la muerte, al muerto que no

quería dejarnos. ¡Los cuatro nos quedamos amarillos, inmóviles ante la cara que a tres pasos estaba dirigida a nosotros, siempre a nosotros!

Dieron las cuatro de la mañana y quedamos completamente solos. Instantáneamente el miedo volvió a apoderarse de nosotros.

Primero un estupor tembloroso, luego una desesperación desolada y profunda, y por fin una cobardía inconcebible a nuestras edades, un presentimiento preciso de algo espantoso que iba a pasar.

Afuera, la calle estaba llena de brumas, y el ladrido de los perros se prolongaba en un aullido lúgubre. Los que han velado a una persona y de repente se han dado cuenta de que están solos con el cadáver, excitados, como estábamos nosotros, y han oído de pronto llorar a un perro, han oído gritar a una lechuza en la madrugada de una noche de muerte, solos con él, comprenderán la impresión nuestra, ya sugestionados por el miedo, y con terribles dudas a veces sobre la horrible muerte del amigo.

Quedamos solos, como he dicho; y, al poco rato, un ruido sordo, como de un barboteo apresurado recorrió la sala. Salía del cajón donde estaba el muerto, allí, a tres pasos, lo veíamos bien, levantando el busto con los algodones esponjados, horriblemente lívido, mirándonos fijamente y se enderezaba poco a poco, apoyándose en los bordes de la caja, mientras se erizaban nuestros cabellos, nuestras frentes se cubrían de sudor, mientras que el barboteo era cada vez más ruidoso, y sonó una risa extraña, extrahumana, como vomitada, estomacal y epiléptica, y nos levantamos desesperados,

y echamos a correr, despavoridos, locos de terror, perseguidos de cerca por las risas y los pasos de aquella espantosa resurrección.

Cuando llegué a casa, abrí el cuarto, y descorrí las sábanas, siempre huyendo, vi al muerto, tendido en la cama, amarilleando por la luz de la madrugada, muerto con mis tres amigos que estaban helados, todos tendidos en la cama, helados y muertos...

El triple robo de Bellamore

promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Días pasados los tribunales condenaron a Juan Carlos Bellamore a la pena de cinco años de prisión por robos cometidos en diversos bancos. Tengo alguna relación con Bellamore: es un muchacho delgado y grave, cuidadosamente vestido de negro. Lo creo tan incapaz de esas hazañas como de otra cualquiera que pida nervios finos. Sabía que era empleado eterno de bancos; varias veces se lo oí decir, y aun agregaba melancólicamente que su porvenir estaba cortado; jamás sería otra cosa. Sé además que, si un empleado ha sido puntual y discreto, él es ciertamente Bellamore. Sin ser amigo suyo, lo estimaba, sintiendo su desgracia. Ayer de tarde comenté el caso en un grupo.

—Sí —me dijeron—; lo han condenado a cinco años. Yo lo conocía un poco; era bien callado. ¿Cómo no se me ocurrió que debía ser él? La denuncia fue a tiempo.

—¿Qué cosa? —interrogué sorprendido.

—La denuncia; fue denunciado.

—En los últimos tiempos —agregó otro— había adelgazado mucho —y concluyó sentenciosamente—: lo que es yo no confío más en nadie.

Cambié rápidamente de conversación. Pregunté si se conocía al denunciante.

—Ayer se supo. Es Zaninski.

Tenía grandes deseos de oír la historia de boca de Zaninski; primero, la anormalidad de la denuncia, falta en absoluto de interés personal; segundo, los medios de que se valió para el descubrimiento. ¿Cómo había sabido que era Bellamore?

Este Zaninski es ruso, aunque fuera de su patria desde pequeño. Habla despacio y perfectamente el español, tan bien que hace un poco de daño esa perfección, con su ligero acento del norte. Tiene ojos azules y cariñosos que suele fijar con una sonrisa dulce y mortificante. Cuentan que es raro. Lástima que en estos tiempos de sencilla estupidez no sepamos ya qué creer cuando nos dicen que un hombre es raro.

Esa noche lo hallé en una mesa de café, en reunión. Me senté un poco alejado, dispuesto a oír prudentemente de lejos.

Conversaban sin ánimo. Yo esperaba mi historia, que debía llegar forzosamente. En efecto, alguien examinando el mal estado de un papel con que se pagó algo, hizo recriminaciones bancarias, y Bellamore, crucificado, surgió en la memoria de todos. Zaninski estaba allí, preciso era que contara. Al fin se decidió; yo acerqué un poco más la silla.

—Cuando se cometió el robo en el Banco Francés —comenzó Zaninski— yo volvía de Montevideo. Como a todos, me interesó la audacia del procedimiento: un subterráneo de tal longitud ha sido siempre cosa arriesgada. Todas las averiguaciones resultaron

infructuosas. Bellamore, como empleado de la caja, fue especialmente interrogado; pero nada resultó contra él ni contra nadie. Pasó el tiempo y todo se olvidó. Pero en abril del año pasado oí recordar incidentalmente el robo efectuado en 1900 en el Banco de Londres de Montevideo. Sonaron algunos nombres de empleados comprometidos, y entre ellos Bellamore. El nombre me chocó; pregunté y supe que era Juan Carlos Bellamore. En esa época no sospechaba absolutamente de él; pero esa primera coincidencia me abrió rumbo, y averigué lo siguiente:

En 1898 se cometió un robo en el Banco Alemán de San Pablo, en circunstancias tales que sólo un empleado familiar a la caja podía haberlo efectuado. Bellamore formaba parte del personal de la caja.

Desde ese momento no dudé un instante de la culpabilidad de Bellamore.

Examiné escrupulosamente lo sabido referente al triple robo, y fijé toda mi atención en estos tres datos:

- 1.º La tarde anterior al robo de San Pablo coincidiendo con una fuerte entrada en caja, Bellamore tuvo un disgusto con el cajero, hecho altamente de notar, dada la amistad que los unía y, sobre todo, la placidez de carácter de Bellamore.
- 2.º También en la tarde anterior al robo de Montevideo, Bellamore había dicho que sólo robando podía hacerse hoy fortuna, y agregó riendo que su víctima ocurrente era el banco de que formaba parte.
- 3.º La noche anterior al robo en el Banco Francés de Buenos Aires, Bellamore, contra toda su costumbre, pasó la noche en diferentes cafés, muy alegre.

Ahora bien, estos tres datos eran para mí tres pruebas al revés, desarrolladas en la siguiente forma:

En el primer caso, sólo una persona que hubiera pasado la noche con el cajero podía haberle quitado la llave. Bellamore estaba disgustado con el cajero “casualmente” esa tarde.

En el segundo caso, ¿qué persona preparada para un robo, cuenta el día anterior lo que va a hacer? Sería sencillamente estúpido.

En el tercer caso, Bellamore hizo todo lo posible por ser visto, exhibiéndose, en suma, como para que se recordara bien que él, Bellamore, pudo menos que nadie haber maniobrado en subterráneos esa accidentada noche.

Estos tres rasgos eran para mí absolutos —tal vez arriesgados de sutileza en un ladrón de bajo fondo, pero perfectamente lógicos en el fino Bellamore—. Fuera de esto hay algunos detalles privados, de más peso normal que los anteriores.

Así, pues, la triple fatal coincidencia, los tres rasgos sutiles de muchacho culto que va a robar, y las circunstancias consabidas, me dieron la completa convicción de que Juan Carlos Bellamore, argentino, de veintiocho años de edad, era el autor del triple robo efectuado en el Banco Alemán de San Pablo, el de Londres y Río de la Plata de Montevideo y el Francés de Buenos Aires. Al otro día mandé la denuncia.

Zaninski concluyó. Después de cuantiosos comentarios se disolvió el grupo; Zaninski y yo seguimos juntos por la misma calle. No hablábamos. Al despedirme le dije de repente, desahogándome:

—¿Pero usted cree que Bellamore haya sido condenado por las pruebas de su denuncia?

Zaninski me miró fijamente con sus ojos cariñosos.

—No sé; es posible.

—¡Pero ésas no son pruebas! ¡Eso es una locura! —agregué con calor—. ¡Eso no basta para condenar a un hombre!

No me contestó, silbando al aire. Al rato murmuró:

—Debe ser así... cinco años es bastante... —se le escapó de pronto—: A usted se le puede decir todo:estoy completamente convencido de la inocencia de Bellamore.

Me di vuelta de golpe hacia él, mirándonos en los ojos.

—Era demasiada coincidencia —concluyó con el gesto cansado.